

Articulación de los estudios psicoanalíticos y de género para nuevos análisis de la construcción de la subjetividad femenina

Irene Meler

Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina, Prensas Universitarias de Zaragoza, España, 2012, 487 págs. ISBN 978-841-553-828-8. *Pilar Errázuriz Vidal*

Esta obra de una destacada académica chilena, formada en Europa, se une a la corriente de pensamiento que ha realizado una lectura crítica de los discursos psicoanalíticos desde un enfoque inspirado en las teorías feministas. Sus análisis se sustentan en un relevamiento bibliográfico muy extenso y minucioso, que incluye numerosos autores pertenecientes al campo psicoanalítico, o a los bordes donde el mismo entra en relación con otras disciplinas sociales o humanas.

Su aguda percepción acerca del modo en que las disciplinas que estudian la subjetividad deben articularse con las ciencias sociales, se manifiesta a través de una consideración inicial acerca del psicoanálisis como una práctica acotada a las clases medias de la población. Este recaudo epistemológico nos previene acerca de un sesgo muy extendido en los estudios psicoanalíticos, que consiste en la generalización espuria de observaciones clínicas realizadas en un sector específico, en cuanto a su locación geográfica y a su ubicación social.

Se enfoca en un análisis teórico de las asunciones freudianas referidas a la sexualidad femenina y la feminidad. Considera que estos desarrollos se enmarcan en un sistema sexo-género propio de la Modernidad, al que considera por definición, como jerárquico, o sea caracterizado por una percepción que naturaliza la dominación social masculina. No comparte la ilusión positivista acerca de la universalidad y la neutralidad de los conocimientos, sino que los vincula con la condición social de los sujetos que investigan. Por ese motivo agrega a su anterior consideración referida a la clase social, otros recaudos, donde especifica que las intelecciones psicoanalíticas se deben a profesionales de raza blanca, cuya elección de objeto es heterosexual. Podríamos matizar esta observación, recordando que en algunos casos conocidos dentro de los

ámbitos psicoanalíticos, se trató de una asunción formal de la heterosexualidad, realizada con fines adaptativos.

El texto ofrece un mapeo del campo de estudios dedicado a la sexualidad femenina, donde diferencia entre las dos corrientes teóricas que debatieron entre sí sobre este tema: la escuela vienesa, donde las discípulas de Freud manifestaron una fidelidad en ocasiones caricaturesca hacia la obra del fundador del psicoanálisis, y la escuela inglesa que manifestó su disidencia respecto del falocentrismo freudiano. A continuación recuerda al primer grupo de investigación que en la década del 60 reabrió la polémica, dirigido por la psicoanalista francesa Jeannine Chasseguet-Smirgel, y releva la obra de las diversas autoras, generalmente mujeres, que han trabajado en este campo a ambos lados del Atlántico, tanto en el hemisferio Norte como en el Sur. Debemos agradecer que Pilar Errázuriz haya incluido a la producción intelectual argentina, tantas veces ignorada, por el hecho de haberse desarrollado en un país periférico, pese a su larga tradición de intenso compromiso con el psicoanálisis.

La tesis fundamental que anima la investigación que se expone en el libro, consiste en enmarcar la construcción de la subjetividad femenina de comienzos y mediados del siglo XX, así como las teorías creadas para su comprensión y asistencia, en el discurso misógino romántico que prevaleció durante el siglo XIX, cuya influencia cultural ha sido perdurable. Sobre la base de ese supuesto, Errázuriz pone en contexto la importancia que Freud asignó a la sexualidad y a los procesos mentales inconscientes, al relacionarla con tendencias filosóficas y culturales propias de la época.

Reconoce los aspectos constructivistas del discurso freudiano, aunque obvia destacar de igual modo sus numerosos aspectos esencialistas, y la insistencia en el reduccionismo biologista que caracterizó a muchos de los desarrollos psicoanalíticos freudianos. Opino que esto se debe a su formación francesa, que ha enfatizado el arraigo instintivo de nuestra especie. Esa postura corresponde a las lecturas lacanianas de Freud, a quien opino que conviene leer más a la letra.

De modo muy acertado, realiza una genealogía del concepto de sexualidad, y lo vincula con la metafísica de Schopenhauer, que antecede al discurso freudiano, ubicado de este modo como una voz en un conjunto coral integrado también por sexólogos de la época. Resulta muy esclarecedor el modo en que la autora explica que han convivido al interior del Romanticismo tendencias innovadoras junto con reacciones autoritarias, en un período donde las prerrogativas de la aristocracia daban paso a una democratización fluctuante. Considera que el antifeminismo ha sido una expresión de la intolerancia cultural ante la democratización universal. Esta reacción buscó conservar la subordinación femenina como un enclave autoritario que la cultura del siglo XIX y XX se resistió a resignar.

Su análisis del concepto de subjetividad, mantiene en una tensión productiva las determinaciones estructurales de lo inconsciente con los condicionamientos social-históricos. Expone la transición que se observa desde las construcciones tradicionales

de la subordinación femenina hacia el acto contemporáneo de auto afirmación de las mujeres. Así conceptualiza el pasaje desde un ser para el deseo masculino hacia un ser para sí y para el propio proyecto existencial. Igualmente apreciable es el análisis que Errázuriz realiza sobre lo simbólico, poniendo de manifiesto su nexa inevitable con construcciones míticas imaginarias, que constituyen relatos para dar racionalidad a los arreglos de poder social. Esos mitos son entonces, expresión del dominio patriarcal, y constituyen nuestro inconsciente, que no solo es dinámico por causa del conflicto entre diversos deseos, sino que su dinamismo también deriva de su carácter histórico, y por lo tanto mudable.

Acorde con la postura feminista que ha demistificado el ideal de objetividad científica, y también con un enfoque postmoderno del conocimiento, la autora considera que los hallazgos del psicoanálisis son relatos, que, lejos de reflejar de modo objetivo realidades antes invisibles, ofrecen una inteligibilidad enraizada en las ideas de su época. Más aún, avanza en considerar al psicoanálisis como un dispositivo que de algún modo replica el ordenamiento cultural vigente acerca de las relaciones entre los géneros.

Respecto de esta última cuestión, deseo expresar mi postura personal. El psicoanálisis como terapéutica constituye un dispositivo que es efectivamente, vulnerable para ser cooptado como usina de la reproducción social. Sin embargo, también abre un espacio de libertad y de reflexividad, que en el mundo antiguo estuvo solo a disposición de los varones del estamento ciudadano, quienes, como nos relató Foucault (1980), dispusieron de ocio para el cultivo de sí, llevado a cabo mediante el diálogo con otro calificado. La relación analítica es heredera de ese invento griego, cuyo propósito fue realizar un trabajo de superación subjetiva. Es necesario entonces, adueñarnos de este dispositivo, considerándolo como un recurso valioso para acompañar a los sujetos contemporáneos en un período de profundas mutaciones en los ideales y en las prácticas sociales, que puede habilitarlos para obtener mayores grados de libertad. Las y los psicoanalistas que hemos reestructurado nuestro marco teórico mediante el enfoque de género, trabajamos en construir en conjunto con nuestros y nuestras consultantes, ámbitos donde sea posible cultivar prácticas y vínculos más estimulantes del desarrollo personal.

En su análisis acerca del discurso freudiano, Errázuriz reflexiona acerca de la búsqueda de restauración de la autoridad paterna, iniciada por Freud y continuada por Lacan, quien elogió este propósito del creador del Psicoanálisis y lo vinculó con la tradición patriarcal judía. Cita a Elisabeth Roudinesco, refiriéndose al planteo de esa autora acerca de la invención freudiana del complejo de Edipo, un drama de rivalidad masculina donde la mujer madre es ubicada en el rol pasivo de objeto disputado. Según Roudinesco, ese modelo teórico surgió en un contexto europeo atravesado por temores a la borrada de la diferencia sexual y al predominio de lo femenino. Observamos hoy que el devenir de la historia ha acentuado esta tendencia hacia la feminización del ámbito familiar. Casi la mitad de los hogares de la Ciudad de Buenos Aires, están bajo la “jefatura” de una mujer. No queda claro si conviene celebrar esta

mutación, porque abre espacios de autonomía femenina, pero al precio de una enorme sobrecarga. De todos modos, está claro que las reivindicaciones del poder masculino que surgieron en el siglo XIX han tenido poca fortuna y hoy atraviesan por una profunda crisis. Como todo proceso crítico, este cobra sus víctimas y genera sufrimientos, al tiempo que abre nuevos horizontes.

El análisis de tres imágenes románticas sobre la mujer que atraviesan el discurso freudiano –la madre virginal, la mujer deseada e idealizada y la maléfica mujer castradora– lleva a la autora a considerar que el psicoanálisis se incluye en el andamiaje misógino surgido como reacción ante la mujer moderna. Según expresa, la relevancia asignada por Freud al Complejo de Edipo ubica a la dominación masculina como factor estructural de toda la cultura humana y como parte integral del psiquismo, no modificable por el decurso de la historia. Conviene aquí recordar a Donna Haraway (1984), quien en su *Manifiesto para cyborgs* plantea la necesidad de desarrollar modalidades subjetivas más allá del Edipo, con el propósito de sobrevivir en el contexto de lo que denomina como “la informática de dominación”. Desde otro punto de vista, la escuela anglosajona del psicoanálisis relacional con perspectiva de género, ha cuestionado la hipertrofia asignada al Edipo, destacando la importancia que tiene para la construcción subjetiva el vínculo inicial que se establece entre la madre y el hijo, sub registrado por el sesgo androcéntrico del psicoanálisis freudiano y lacaniano. He planteado en el libro *Varones* (Burin y Meler, 2000), que si los límites impuestos a la impulsividad infantil provienen de una transformación del egoísmo paterno, que reclama a la madre para sí, esto revela los oscuros orígenes de los ordenamientos legales, sacralizados por el psicoanálisis lacaniano.

Cuando analiza la teoría freudiana sobre la sexualidad femenina, la autora destaca la prevalencia del punto de vista masculino e infantil, que considera al propio erotismo como modelo universal y reduce a las mujeres, diferentes al sí mismo, a ser consideradas como desviaciones o copias deficitarias del sujeto modélico. Encontré de gran interés el modo en que establece una correlación entre la tendencia masculina hacia una degradación del objeto amoroso y la condición erótica que adquieren las relaciones prohibidas para las mujeres. Estas actitudes propias de la época, que fueron descritas con lucidez por Freud, implican, según considera, que ellos se comportan como sujetos transgresores y ellas como sujetos subordinados, estableciendo así una complementariedad que evidencia la dominación masculina. Esta ceguera freudiana acerca de los efectos intersubjetivos de la subordinación de las mujeres, puede contrastarse, según pienso, con su artículo sobre la moral sexual cultural, escrito en 1908, donde reconoció la eficacia de la doble moral en la subjetivación diferencial entre varones y mujeres. Allí expuso el modo en que la mayor censura social favorecía las neurosis femeninas, mientras que la transgresión sexual, tolerada para los varones, estimulaba la perversión masculina, tendencias epidemiológicas que aún se encuentran vigentes.

Errázuriz nos ofrece numerosos ejemplos del tratamiento literario realizado por autores del siglo XIX, cuyas imágenes femeninas denigraban a las mujeres en su

condición de seres eróticos, asimilándolas a la animalidad. Considera al psicoanálisis como una de las instituciones de lo simbólico que han contribuido a la construcción del sistema sexo-género, y por lo tanto, también de la subjetividad y de la sexualidad modernas.

Con una amplitud de miras encomiable, la autora encuentra un aspecto positivo en la asunción freudiana a cerca de que el deseo de tener un hijo sería heredero del anhelo femenino frustrado de poseer un pene. Al menos, considera Errázuriz, esta es una hipótesis constructivista, que desarraiga al deseo maternal de lo instintivo. La maternidad, al ser considerada como el destino psíquico de las mujeres, replicaría la vigencia de la división sexual del trabajo en los hogares conyugales del siglo XX. Pero el aspecto constructivista del discurso freudiano abriría una posibilidad de transformación subjetiva en tanto la dominación patriarcal disminuyera, tal como ocurre en la actualidad. Este argumento es semejante a la postura que Juliet Mitchell (1982), una autora con al que Errázuriz mantiene un nutrido diálogo, expuso en *Psicoanálisis y feminismo*, y presenta la dificultad de considerar a la subjetividad como un subproducto de las transformaciones culturales. De ese modo, la agencia de los sujetos queda minimizada. Es cierto, tal como la autora explica con amplitud, que la escuela anglosajona inicialmente quedó entrampada en un biologismo hoy inaceptable (Jones, 1928). Sin embargo, los desarrollos posteriores han sido fecundos, descentrando las indagaciones psicoanalíticas del Edipo, la carencia, la castración y el significativo fálico, temas centrales del lacanismo. Los psicoanalistas anglosajones han elegido enfocarse en la construcción de un sí mismo auténtico, la sensación de estar vivo y de ser real, la creatividad, el juego (Winnicott, 1974) y finalmente, han aportado modelos para las relaciones de género establecidas entre dos sujetos iguales (Benjamin, 1997).

Cuando analiza las transformaciones culturales que el siglo XX experimentó en materia de las relaciones entre los géneros, Errázuriz señala con agudeza una paradoja. Al mismo tiempo que los valores y características masculinas fueron considerados superiores y de algún modo, como paradigmas de lo humano, se criticó a las mujeres su intento de participar en los mismos, instándolas a conservar una feminidad que, en última instancia, era una construcción histórica que expresaba su subordinación social. Sobre esta base, durante el período de entre guerras, algunos avances logrados por las mujeres retrocedieron. Este recuerdo debe ser útil para no dar por sentados los logros obtenidos, ya que siempre es posible el surgimiento de reacciones conservadoras, que ya padecemos hoy en diversos lugares del planeta.

La autora decodifica las consideraciones freudianas sobre el rechazo de la feminidad, como expresiones de un rechazo a la subordinación social de las mujeres. Efectivamente, lo que no se ha cuestionado de modo suficiente es la homologación realizada por el imaginario androcéntrico entre feminidad y castración (Kofman, 1982) Se trata de una atribución tan caprichosa como derogatoria, explicable por el proceso de escisión que ha descrito Jessica Benjamin (2003) como generador de las representaciones colectivas sobre la masculinidad y la feminidad. Esa autora norteamericana considera que se han atribuido a la masculinidad cualidades positivas tales como valor,

fortaleza, audacia, inteligencia y que la feminidad ha servido como depositaria de los aspectos infantiles, vulnerables y dolientes, que los varones han debido escindir de su subjetividad para masculinizarse. Este relato explica de modo más adecuado el rechazo de la supuesta feminidad, representación colectiva de origen imaginario, destinada a caducar. Errázuriz ilustra el modo en que numerosas creaciones literarias románticas transmitieron imágenes degradadas de las mujeres. Pero en este caso, lo denigrado no fue tanto la flaqueza sino la animalidad, la sensualidad, y en última instancia el nacimiento y la finitud. Como si los varones del romanticismo renegaran de su condición carnal y pereciera y atribuyeran esa situación a las mujeres, de las que todos nacemos (Meler, 1987). La autora ha captado con agudeza este nexo imaginario establecido entre la feminidad y la finitud de la existencia.

La lectura que Errázuriz realiza del discurso freudiano, le atribuye una gran importancia a su vertiente simbólica pero sub registra sus tendencias a reducir lo psíquico a lo biológico. Considero que tanto la escuela vienesa como la escuela inglesa de psicoanálisis pecaron de biologismo. Esta tendencia fue propia de la episteme de la época, cuya caución de cientificidad se refería al cuerpo, considerado como algo tangible y comprensible desde el paradigma de las ciencias positivas. Conviene aclarar que el cuerpo del psicoanálisis consiste en una descripción aparentemente objetiva, que encubre su elaboración imaginaria a partir de la elevación a un plano de cientificidad de las teorías sexuales infantiles. Son las lecturas de Freud realizadas desde una perspectiva influida por la escuela francesa, las que en ocasiones decodifican el discurso freudiano en clave simbólica. Los escritos del creador del psicoanálisis, una obra pionera y genial, fueron complejos y ambiguos, presentando desarrollos que abonan una vertiente simbólica, pero que coexistieron de modo inarmónico con el reduccionismo biologista. El constructivismo lacaniano es sin duda seductor para una perspectiva feminista, pero su replicación acrítica de la cultura patriarcal, a través de la importancia teórica que asigna al significante fálico, torna vanas esas esperanzas de encontrar una teoría afín con el feminismo. Conuerdo con una comprensión de la subjetividad que la considera inscrita en la cultura que la precede y la construye, pero creo necesario destacar la contingencia y la dependencia que tienen los arreglos simbólicos respecto de las prácticas sociales y de las relaciones de poder. La autora encuentra en el discurso freudiano y lacaniano una apertura más promisoriosa para el desarrollo ulterior de los estudios de género. Por mi parte, considero que ambas corrientes teóricas llevan la impronta de su época, y que nuestra comprensión actual acerca de las relaciones de género y de la construcción de las subjetividades sexuadas se sustenta tanto en sus aciertos como en sus extravíos, para inscribirse en un nuevo paradigma epistemológico.

He leído con mucho interés el nexo que se plantea en el libro entre mitos y fantasías, y acuerdo por completo con la idea de la autora acerca de que los mitos que constituyen lo simbólico expresan las fantasías infantiles del colectivo masculino dominante. El poder siempre ha requerido discursos de legitimación, y esa tendencia incluye desde los mitos y leyendas hasta los arreglos jurídicos y las teorías científicas, entre las que el psicoanálisis no ha sido una excepción. Por eso resulta esclarecedora

la comparación que realiza Errázuriz entre las imágenes femeninas creadas por la misoginia romántica y las imagos infantiles del pecho bueno y el pecho malo, descritas por Melanie Klein para explicar la posición esquizoparanoide del desarrollo infantil.

Deseo transcribir una frase del libro que me ha parecido particularmente acertada:

(...) “por una parte, los testimonios de la casuística psicoanalítica dejan entrever la subordinación de las mujeres al sistema sexo–género patriarcal y, por otra, esta subordinación es interpretada por los analistas desde una óptica falocéntrica como parte integrante de la subjetividad femenina y no como un accidente histórico que se puede controvertir” (pág. 299).

Igualmente acertada es su referencia a Castoriadis, quien ha señalado la necesidad de que el psicoanálisis mantenga una mirada crítica sobre la cultura y la sociedad, para no caer en una postura adaptacionista.

Resulta muy alentadora la decisión de Errázuriz de dialogar con diversos aportes feministas que han contribuido a la comprensión de la subjetividad de las mujeres contemporáneas. Para que la academia reconozca nuestro trabajo teórico, debemos comenzar por establecer lazos de reconocimiento entre nosotras. Este libro sin duda es generoso en ese aspecto, y constituye un modelo no solo para el trabajo intelectual, sino para la ética que corresponde construir en este campo de estudios innovadores y alternativos.

La autora plantea una mirada abarcadora sobre el surgimiento de la segunda ola del movimiento feminista, y jerarquiza la obra de Simone de Beauvoir (1957), la autora que inauguró esta tendencia. Respecto de sus consideraciones acerca de las críticas psicoanalíticas planteadas al voluntarismo existencialista, le resultaría de interés advertir que en la obra de psicoanalistas contemporáneos (Rodulfo, 2013), resurge el tema, antes desacreditado, de la libertad subjetiva y de sus condiciones de posibilidad en el contexto de las constricciones de lo inconsciente.

También se refiere a Betty Friedan (1965) y a su percepción alternativa acerca del malestar cultural femenino al interior de una cultura patriarcal, e incorpora la perspectiva de Kate Millett en su *Política sexual* (1995). Se han planteado numerosas críticas a las lecturas que las feministas norteamericanas realizaron sobre el psicoanálisis, imputándoles su escaso conocimiento de esta disciplina, que las habría conducido a errores de apreciación. Sin embargo, estas miradas críticas tuvieron el enorme mérito de poner de manifiesto el androcentrismo y el sexismo que han atravesado los discursos psicoanalíticos, situación que en alguna medida mantiene su actualidad. El argumento básico de las relecturas feministas de Freud consistió en objetar la naturalización de configuraciones subjetivas atribuibles a los arreglos culturales vigentes, y que por lo tanto, son modificables. La historia transcurrida les ha dado la razón, ya que estamos ante cambios notables en la subjetividad de las mujeres, que como siempre ocurre, alternan de modo inarmónico con los resabios tradicionalistas. Errázuriz

dialoga y pone en relación diversos discursos feministas, desplegando un panorama amplio de las principales contribuciones a este campo de estudios. Señala con lucidez el modo en que las autoras feministas se nutren del conocimiento previamente creado, pero realizan relecturas críticas que lo resignifican a la luz de la actual visibilidad del dominio social masculino y de sus secuelas subjetivas.

Cuando se adentra en el debate planteado sobre el concepto de género, al que se la imputado limar la radicalidad política de los estudios feministas, la autora reconoce los múltiples logros que el recurso a esta herramienta teórica ha habilitado. Conuerdo con su planteo acerca del carácter inescindible del psicoanálisis con la perspectiva de género; no es concebible su funcionamiento disociado en distintas disciplinas, sino que corresponde trabajar en el sentido de una integración de ambos enfoques, que supere los antagonismos tradicionales para crear una nueva perspectiva donde la subjetividad, la sexuación, las prácticas e instituciones sociales y los arreglos simbólicos se articulen, tal como ocurre en la realidad histórico social.

Errázuriz nos regala un cuidadoso debate acerca de la tensión existente entre el igualitarismo feminista y el feminismo de la diferencia, cuyo representante más conspicuo es Luce Irigaray. Su estrategia cognitiva consiste, tanto en este como en otros temas, en rescatar los aspectos productivos de cada discurso, sin adherirse de modo totalitario a ninguno. El mismo enfoque se aplica al análisis que realiza de las propuestas postmodernas que proclaman “la muerte del sujeto” ante las mujeres, quienes están apenas logrando una posición de subjetividad y de reflexividad. Nos encontramos con la vasta obra de una lectora atenta y reflexiva, que nos ayuda a navegar entre los diversos cursos de pensamiento que fecundan el territorio de los estudios sobre subjetividad, feminismo y género.

Encuentro muy interesantes las reflexiones planteadas sobre la tensión que se genera entre las constricciones que el sistema sexo género patriarcal ejerce sobre la subjetividad femenina y la agencia subjetiva que muchas mujeres han ido desarrollando, que puso en crisis al sistema vigente. Ente la estructura cultural y social que moldea al sujeto y las nuevas subjetividades, se abre un interrogante que considero difícil de resolver si se supone la existencia de una homogeneidad al interior de la cultura. En realidad, el universo cultural es heterogéneo y presenta aspectos indeterminados, y es a través de la lucha por el sentido, por el poder y por los recursos que se establece entre diversos sectores, que emergen los resquicios donde prosperan las profundas transformaciones culturales de las que somos a la vez, objetos y agentes.

Pilar Errázuriz analiza el surgimiento de las nuevas subjetividades femeninas en el contexto actual, a la luz de la producción psicoanalítica con enfoque de género que se ha desarrollado en el mundo hispanoparlante. Se suma así a una corriente actual de pensamiento, comprometida con la equidad entre los géneros, entendida como precondición de los estados de salud mental, y en términos generales, de lo que se considera una buena calidad de vida. Su obra es a la vez minuciosa y dinámica, dialoga con los autores que analiza, piensa en contexto y aporta sus reflexiones. Como parte

integrante de esa conversación colectiva, me complace dar esta bienvenida a su voz autorizada.

Bibliografía citada

Benjamin, Jessica (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor*. Buenos Aires: Paidós.

Benjamin, Jessica (2003). Revisiting the riddle of sex: an intersubjective view of masculinity and femininity. Nueva York: Karnak.

Beauvoir, Simone de (1957). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Leviatán.

Foucault, Michel (1980). *La voluntad de saber*. En *Historia de la sexualidad* (T. I). Madrid: Siglo XXI.

Freud, Sigmund (1908). La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1980.

Friedan, Betty (1965). *La mística de la femineidad*. Barcelona: Sagitario.

Haraway, Donna (1984). Manifiesto Cyborg. El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado. En *Ciencia, cyborgs y mujeres* (1995). Madrid: Cátedra. Cap. 6 “Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX”.

Jones, Ernest (1928). La fase precoz de la sexualidad femenina. En *La sexualidad femenina*, Buenos Aires: Caudex, 1966.

Kofman, Sarah (1982). *El enigma de la mujer. ¿Con Freud o contra Freud?* Barcelona: Gedisa.

Meler, Irene (1987). Identidad de género y criterios de salud mental. En Burin, M. et al. *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Meler, Irene (2000). “Los padres En Burin, M. y Meler, I., *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires, Paidós. Reeditado por Librería de las Mujeres, 2007.

Millett, Kate (1995). *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Mitchell, Juliet (1982). *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona: Anagrama.

Rodolfo, Ricardo (2013). *Andamios del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, Donald (1985). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.